

ISSN: 0210-7287

DOI: <https://doi.org/10.14201/1616202414923>

MEMORIA Y TRAUMA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA, ALEMANA Y AUSTRIACA

Memory and Trauma in Spanish and German Literature

Patricia CIFRE-WIBROW

Profesora Titular de Universidad

wibrow@usal.es

Ref. Bibl. PATRICIA CIFRE-WIBROW. MEMORIA Y TRAUMA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA Y EN LENGUA ALEMANA. *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 14 (2024), 9-23.

Teniendo en cuenta que la comparación planteada en este monográfico se refiere sobre todo a las experiencias traumáticas relacionadas con la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial, el nacionalsocialismo y la dictadura franquista, hay que insistir en las diferencias, y muy particularmente en la dificultad añadida que supone la superación de los traumas causados por una guerra civil, pues para los países que formaron parte del Tercer Reich la superación de ese pasado se inicia a partir de una derrota *compartida*, que por muy traumática que sea contribuye a *reforzar* el sentimiento de identidad colectiva; mientras que la Guerra Civil española divide el país, generando dos comunidades rememorativas enfrentadas, tanto más cuanto que la fractura entre las así llamadas «Dos Españas» se vio perpetuada por los efectos de una dictadura que duró casi cuatro décadas. Para la joven democracia surgida tras el final del franquismo, el reconocimiento de las injusticias sufridas por las víctimas durante la guerra y la dictadura resultaba particularmente complejo puesto que entrañaba señalar a los victimarios, poniendo en riesgo la reconciliación que se pretendía alcanzar. Por este motivo, en la España democrática durante mucho tiempo la única reparación concedida a las víctimas fue económica. Aun así y con todo, el pago

de dichas compensaciones supuso un esfuerzo extremo para el Estado. Los datos disponibles indican que a mediados de la década de los noventa el peso sobre el total del presupuesto asignado al régimen de clases pasivas llegó a superar el 26 % (Álvarez Junco 2022, 197).

Las diferencias entre la República Federal Alemana (RFA), la segunda República de Austria y la República Democrática Alemana (RDA) no son menos significativas, puesto que ponen de manifiesto la excepcionalidad de la República Federal, recordándonos que entre las naciones ciertamente no es común erigir memoriales a las víctimas de sus propios crímenes. Lo habitual es tratar de liberarse de la culpa y de la responsabilidad, como, de hecho, hicieron Austria y la RDA, al igual que otras muchas democracias exitosas construidas sobre la base de un olvido consciente (Ash 1999, 45). Austria se basó para ello en la declaración de Moscú firmada en 1943 por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, citando siempre la primera parte de la misma, en la que la Primera República austriaca era considerada como la primera víctima de la política expansionista nazi, y omitiendo la segunda, alusiva a la responsabilidad histórica de Austria como parte integrante del Tercer Reich. Esta memoria selectiva cobró carácter fundacional en el Tratado de Estado («Staatsvertrag») firmado con las potencias aliadas en 1955 a fin de lograr el restablecimiento de Austria como Estado soberano. En las negociaciones previas, el Gobierno austriaco exigió la eliminación de la segunda cláusula de la declaración de Moscú, obteniendo así el reconocimiento oficial de su estatus como víctima. Del éxito de esta narrativa victimista dependía la elaboración de un nuevo proyecto identitario nacional basado en la asunción de que los problemas del pasado resultaron de una excesiva identificación con Alemania, motivo por el cual de cara al futuro se consideraba que el acento debía recaer en la especificidad de la identidad austriaca (McVeigh 1988; Leitner 1995; Art 2006). Ello implicaba ignorar el papel desempeñado por el austrofascismo y por los nazis austriacos en relación con la anexión de 1938 («Anschluss»); borrar de la memoria colectiva el recuerdo de la enfervorizada acogida dispensada a las fuerzas de ocupación alemanas encabezadas por Adolf Hitler (de origen austriaco); pasar por alto el elevado porcentaje de austriacos que formaron parte de las SS, conformando un 40 por ciento del personal de los campos de exterminio y el 75 por ciento de sus comandantes a pesar de no representar más que un 8 por ciento de la población del Tercer Reich. Políticamente, esta narrativa victimista resolvía además el problema de las reparaciones, de tal suerte que, en 1962, tras nueve años de negociaciones, la Segunda República austriaca aceptó pagar 22 millones más un diez por ciento por costes administrativos frente a los 822 millones de dólares pagados por Alemania Occidental a los supervivientes judíos, sin contar

los 52 billones entregados a Israel en la década de los noventa por parte de la RFA (Art 2006, 109). En relación a las víctimas del nacionalsocialismo que permanecieron en Austria, la atención se centró en las así llamadas víctimas «activas», esto es, en los miembros de la resistencia que arriesgaron sus vidas luchando contra la dictadura, desatendiendo a los otros colectivos de víctimas, denominadas «pasivas». Estas políticas conmemorativas fueron cuestionadas por escritores e intelectuales como Ingeborg Bachmann, Thomas Bernhard, Ilse Aichinger, Gerhard Roth y tantos otros, pero a nivel colectivo no fueron puestas en entredicho por la opinión pública austriaca hasta mediados de los ochenta. Así, en 1985 un 57 por ciento de los austriacos se mostraba favorable a olvidar los actos cometidos durante la Segunda Guerra Mundial y solo un 27 por ciento estaba a favor de mantener viva la memoria de este periodo (Wassermann 2000, 133). Esta situación cambió drásticamente a raíz del escándalo suscitado en torno a Kurt Waldheim, secretario general de Naciones Unidas entre 1971 y 1981, nominado como candidato a la presidencia por el partido conservador austriaco de cara a las elecciones de 1986. En este contexto, la revista *Profil* sacó a relucir su pasado militar, atrayendo la atención de otros medios y de la opinión pública internacional sobre la implicación del candidato en los asesinatos perpetrados en los Balcanes entre 1941 y 1943 y sobre su papel en relación con la deportación de judíos de Salónica en el norte de Grecia. Aunque ello no impidió su elección como presidente, el debate suscitado marcó un antes y un después en Austria, impulsando una profunda revisión de las actitudes públicas y privadas en relación con el pasado (Cifre Wibrow 2002, 184-192). Aparte de criticar la permisividad con la que buena parte de la sociedad austriaca estaba dispuesta a pasar por alto la implicación de Waldheim en las «campañas de depuración» llevadas a cabo por la *Wehrmacht* durante la Segunda Guerra Mundial en Yugoslavia, escritores como Robert Menasse, Gerhard Roth, Michael Scharang, Josef Haslinger, Gerald Synkowitz, Erich Hackl, Robert Schindel, Anna Migutsch o Elfriede Jelinek impulsaron un proceso de revisión de algunos de los mitos fundacionales de la Segunda República, sosteniendo que la cultura de pactos y coaliciones desarrollada en Austria a partir de la Segunda Guerra Mundial (la así llamada «Sozialpartnerschaft») impidió la renovación política e ideológica del país, pues independientemente de quién ganara las elecciones siempre acababa gobernando una misma coalición formada por socialistas y conservadores. Especialmente lúcidos son los ensayos de Robert Menasse *Überbau und Underground. Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik* [Estructura y superestructura. La estética de la Sozialpartnerschaft] (1990) y *Das Land ohne Eigenschaften* [El país sin atributos] (1993), cuyos análisis muestran hasta qué punto la vida cultural y literaria austriaca se vio condicionada

por esa política hecha a base de pactos y silencios tácitos. Para Menasse, a resultas de ese consenso artificial que durante décadas vino a sofocar las luchas y debates sociales importantes antes de que pudieran articularse, la literatura austríaca manifiesta una conflictividad social especialmente baja (Menasse 1990, 1992). Desde entonces, la memoria cultural austríaca ha experimentado un proceso de convergencia con la cultura rememorativa de la Alemania unificada.

El otro proceso de convergencia es el de la República Democrática Alemana, que coincidió con la República austríaca en su rechazo de la herencia nacionalsocialista, asumiendo la identidad de sus élites, reclutadas entre los antifascistas exiliados en la Unión Soviética. Según el mito fundacional cultivado a lo largo de todo el régimen, los fundadores de la RDA siempre estuvieron profundamente comprometidos con el antifascismo, situándose del lado de la Unión Soviética y derrotando conjuntamente a Hitler. Con base en ello, el nuevo Estado se definió desde el primer momento como un Estado antifascista, rechazando toda vinculación moral, penal o económica con el nazismo y negándose, por consiguiente, al pago de compensaciones. Las pensiones concedidas a las víctimas favorecieron ante todo a los camaradas que formaron parte de la resistencia comunista contra el régimen y todo el territorio de la RDA quedó plagado de monumentos conmemorativos. Debido al antisemitismo asociado al anticapitalismo socialista, a las víctimas judías apenas se les concedió atención, política rememorativa que no fue revisada hasta finales de los ochenta, poco antes de la caída del muro en 1989, cuando se celebró un gran acto en honor a otros colectivos de víctimas como los judíos. A raíz de la unificación, salió a relucir la magnitud de la represión ejercida por el aparato policial del régimen (la «Stasi»), que, con un agente por cada 180 habitantes en 1989, contaba con un sistema de observancia mucho más denso que la KGB (un agente por cada 595 habitantes) o la Gestapo (un agente por cada 8900 habitantes). A partir de la unificación el procesamiento del pasado comunista se vio mediatizado por la memoria cultural construida en la República Federal y por la presión de los medios de comunicación occidentales, que partían del convencimiento de que era necesario procesar ese pasado para que pudiera ser superado. De ahí que los conflictos que habían permanecido tantos años sin ventilar fueran dirimidos públicamente, lo cual fue especialmente notorio en relación con el así llamado «Deutsch-deutscher Literaturstreit» [Debate literario interalemán] que dominó el panorama crítico-literario durante aproximadamente un año, desde julio de 1990. Centrado en el papel desempeñado por los intelectuales de la RDA frente al poder, este debate dio lugar a dolorosos enfrentamientos entre los escritores que permanecieron en la RDA y los que se exiliaron; entre las generaciones mayores, aún

comprometidas con el proyecto socialista –aunque no con el Gobierno de la SED– y los más jóvenes, que querían un cambio radical; también entre los escritores de la Alemania oriental y los de la Alemania occidental (Cifre 2006). Los textos literarios generados en relación con la ya desaparecida RDA se ven afectados por la doble necesidad de mirar hacia atrás y hacia adelante, reflejando tanto el procesamiento de experiencias pasadas como los procesos de reorientación ante una realidad cambiante. En ellos quedan perfilados los nuevos espacios de libertad que surgen tras la caída del muro, así como las frustraciones provocadas por el papel dominante ejercido por Alemania occidental, que durante el proceso de unificación tendió a imponer sus valores y formas de proceder. En relación con la memoria, ello contribuyó a un procesamiento muy activo de los traumas ocasionados por la dictadura, pero tuvo la contrapartida de suscitar la resistencia de quienes sentían que estaban siguiendo una hoja de ruta impuesta. De ahí que lo social y lo colectivo siguieran estando muy presentes en esta literatura, aun presentados desde un prisma individual.

La diferenciación establecida tanto en Austria como en la RDA entre las víctimas «pasivas» y «activas» contrasta con la cultura memorialista de la República Federal que puso el foco en las víctimas del Holocausto, sobre todo en las víctimas judías. Bien es cierto que durante los años de la ocupación tras el final de la guerra la superación del pasado decretada por las potencias aliadas despertó un gran rechazo entre la población que recordaba ante todo las penurias sufridas (los soldados caídos en el frente, las ciudades destruidas, los bombardeos, el hambre, las muertes en los campos de prisioneros), poniendo de manifiesto la misma tendencia al victimismo que existía también en Austria y la RDA. El nuevo Estado fundado en 1949 se hizo eco de ese victimismo, de tal suerte que la primera ley aprobada por el primer Gobierno encabezado por el canciller Konrad Adenauer fue una ley de amnistía orientada a acabar con las políticas de desnazificación aliadas. Su aprobación el 31 de diciembre de 1949 era justificada con el argumento de que la prolongación de dichas medidas habría generado una radical desafección frente al nuevo sistema democrático (Frei 2002, 13). Paralelamente, se iniciaron, sin embargo, las reparaciones a las víctimas del nacionalsocialismo y se orientó la política internacional a la reconciliación con Francia y con las otras potencias aliadas, proceso que fue esencial de cara a la creación de la Comunidad Europea. La reacción de Konrad Adenauer al ser informado del plan Schuman, con el que se inició el proyecto europeo, demuestra un fuerte deseo de lograr la reincorporación de la nueva República Federal a la comunidad internacional en términos de igualdad. El acuerdo de interés al que se llegó con Francia consistía en que

los alemanes tendrían los medios económicos y los franceses mantendrían la iniciativa política (Judt 2013, 59).

A lo largo de los años sesenta, bajo la influencia del juicio a Eichmann en Jerusalén en 1961, de los juicios de Auschwitz entre 1963 y 1968, de los debates parlamentarios sobre la prescripción de los crímenes asociados al genocidio nazi y de los conflictos intergeneracionales impulsados por el movimiento estudiantil del 68 (sobre todo a través de la revista *Argument*), se va consolidando entre los alemanes occidentales la conciencia de provenir de un régimen criminal. Un hito especial lo marcó la emisión de la serie *Holocaust* en 1979, de tal suerte que la década siguiente estuvo marcada por intensos debates entre los sectores de izquierdas, defensores del modelo conmemorativo contricional, y los conservadores, que reclamaban la necesidad de una «normalización» de las relaciones con el pasado. La unificación alemana, desencadenada por la caída del muro en noviembre de 1989, puso fin a la división de memorias entre las dos Alemanias, produciendo un desplazamiento del interés desde el nazismo a la violencia de Estado durante el comunismo. Aun así, la unificación contribuyó al afianzamiento definitivo del modelo conmemorativo basado en el repudio de la mentalidad de punto final y en la aceptación de la responsabilidad histórica derivada del nacionalsocialismo, de tal suerte que a partir de mediados de los noventa se alcanzaba entre las élites un consenso ya sin fisuras en torno a la convicción de que los genocidios perpetrados durante el nazismo entrañaban un deber de memoria y una responsabilidad de cara a las víctimas y sus descendientes. Este compromiso ético con las víctimas se convertía así en la base moral de la Alemania unificada y en el principio constitutivo de su memoria cultural.

Frente a esto, en España durante la Transición las políticas conmemorativas permanecieron orientadas a resolver el principal problema al que se enfrentaron los primeros gobiernos democráticos, que era el de evitar un golpe de Estado o incluso una nueva guerra civil. Para ello, había que impedir el resurgimiento de los enfrentamientos que dieron lugar a la radical polarización política vivida durante la II República, potenciando la reconciliación entre los españoles. Esto se tradujo en una política conmemorativa tendiente a equiparar olvido, perdón y superación como una fórmula orientada a borrar de la memoria colectiva los resentimientos y odios pasados. Aun así, se realizó un gran esfuerzo económico a fin de ofrecer, mediante sucesivas leyes, una reparación material a las víctimas (Álvarez Junco 2022, 197). Se trató, sin embargo, de evitar atraer la atención pública sobre tales medidas, motivo por el cual estas no fueron acompañadas de una reparación simbólica, ni tan siquiera cuando la democracia quedó consolidada. El éxito mediático del término «echar al olvido», acuñado por Santos Juliá

para referirse a un olvido deliberado, encaminado a evitar que el pasado pudiera «determinar el futuro» (Juliá 1999, 50), se debió precisamente a que legitimaba esta estrategia oficial tendiente a sustraer las injusticias padecidas por las víctimas al debate social. Este silencio impuesto a las víctimas era interpretado como un sacrificio que cabía demandar de ellas para que redundara en beneficio del colectivo.

Y, sin embargo, tan solo unos años más tarde, a comienzos del nuevo siglo, nacía en España un poderoso movimiento de reactivación de la memoria histórica que dio lugar a un verdadero giro cultural de la memoria (Cifre-Wibrow 2022): en tan solo unos pocos años se crearon multitud de asociaciones que comenzaron a trabajar en favor de la recuperación de la memoria y los partidos políticos de izquierdas incorporaron a sus programas la reivindicación de la dignificación pública de las víctimas de la Guerra Civil. En 2007 se promulgó la así llamada Ley de Memoria Histórica, que dio lugar a la proliferación de multitud de exhumaciones de fosas, proceso que puso de manifiesto el desamparo oficial sufrido por los represaliados del franquismo. Al amparo de la Ley de Memoria Histórica, el juez Baltasar Garzón abrió la primera causa contra los crímenes del franquismo, siendo más tarde acusado de prevaricar en dicha investigación, sometido a juicio y absuelto. Las exhumaciones tuvieron una fuerte repercusión mediática a través de infinidad de noticias, crónicas, artículos, columnas, documentales, películas, libros y debates que ponían el presente de nuevo en relación con el pasado. De repente, no solo se hablaba de las exhumaciones de las fosas, sino también de los niños de la guerra, de los niños robados, de las maestras de la II República, del maquis, de los topes y todas las demás víctimas de la Guerra Civil. A medida que el pasado dejaba de ser percibido como una amenaza para el presente y la memoria comenzaba a ser concebida en España como parte esencial de la identidad individual y colectiva del país, se fue incrementando el esfuerzo por incorporar las memorias largo tiempo silenciadas dentro de la memoria cultural. En el marco de este nuevo contexto, se ha promulgado en 2022 una nueva ley de Memoria Democrática; se ha procedido a la exhumación del cadáver de Franco del Valle de los Caídos (redenominado Valle de Cuelgamuros) y se continúan eliminando las alusiones al franquismo en gran cantidad de calles, plazas y monumentos. En los medios educativos y culturales se está comenzando a elaborar una pedagogía ciudadana orientada a terminar con la equidistancia, revirtiendo el proceso de liquidación de las memorias vencidas. La literatura ha acompañado e impulsado este proceso a través de una amplia producción literaria de autores como Rafael Chirbes, Javier Cercas, Dulce Chacón, Julio Llamazares, Antonio Muñoz Molina, Ignacio Martínez de Pisón y un largo etcétera.

Las diferencias entre la cultura rememorativa alemana y austriaca, centrada en la memoria como una vía para la expiación de la culpa, y la memoria transicional española, que concebía la rememoración colectiva como una vía de reconciliación, se ven reflejadas en las respectivas literaturas y muy particularmente en las obras incorporadas al canon por cumplir una importante función en relación con la construcción de la identidad colectiva. Un aspecto diferencial particularmente significativo atañe a la modulación de las relaciones entre historia, literatura y testimonio: la cultura rememorativa conciliadora, dominante en España hasta la primera década del nuevo siglo, tendió a interpretar la literatura de la memoria como una reconstrucción profundamente marcada por una inevitable contaminación entre historia y ficción. Tanto en los propios textos literarios como en su recepción crítica el énfasis recaía ante todo en las dificultades inherentes al acto de recordar: se subrayaban los estragos causados por el tiempo y la desmemoria, la desaparición de los testigos y la confusión generada por todo ello entre verdad y mentira, realidad y ficción y a partir de ahí se justificaba la ficcionalización de la memoria y se quitaba importancia al hecho de que tales hibridaciones restan fuerza a la denuncia que actúa como eje central de la literatura testimonial. Esto supone una diferencia importante en relación con los países germanoparlantes: enfrentados a un relato que roce, de cerca o de lejos, el tema del nacionalsocialismo, para la mayor parte de los escritores y críticos literarios de estos países la cuestión fundamental es la de determinar, en primer lugar, su fidelidad histórica a los hechos, considerada una condición *sine qua non* para su valoración positiva, y a partir de ahí su posicionamiento ético en relación con la memoria, preguntándose si confirma los lugares de memoria establecidos y si estimula la identificación con las víctimas. La consideración que merecen las víctimas en relación con la memoria explica, por otra parte, el compromiso con un modelo «literal» de memoria que busca mantener los vínculos entre el presente y el pasado, porque se entiende que solo así se puede asegurar la pervivencia de un sentido de responsabilidad histórica en relación con el Holocausto (Todorov 2008, 52-53).

El modelo rememorativo dominante en Alemania se vio cuestionado en diferentes momentos de la historia alemana reciente sin llegar a ser cancelado. Así, por ejemplo, en el transcurso del así llamado «Historikerstreit» (Disputa de los historiadores), que se produjo a mediados de los ochenta a raíz de un artículo de periódico en el que el historiador Ernst Nolte comparaba el Holocausto con el Gulag (*Die Frankfurter Allgemeine*, 6.6.1986). Así y con todo, la noción que se impuso finalmente en Suiza, Austria y la Alemania unificada fue la de que era éticamente inadmisibles dejar la rememoración del pasado en manos de la Historia y que el Holocausto

debía continuar sujeto a la memoria literal, siendo rememorado como un fenómeno único en la historia. La Ley de Memoria Democrática aprobada en España en 2022 refleja por su parte el giro cultural desde una cultura de la memoria “conciliadora” a una cultura “reparadora” generadora de una nueva sensibilidad social de cara a las demandas de “Verdad”, “Justicia” y “Reparación” planteadas por las víctimas y sus familiares en relación con los traumas de la Guerra Civil y la dictadura.

* * *

En la medida en que la cultura rememorativa democrática alemana se construye en torno a la memoria y la española en torno al olvido (modelo hoy en vías de superación), cabe considerarlas como modelos antagónicos. Ello supone, sin embargo, pasar por alto una serie de paralelismos como puede ser el del fin con arreglo al cual surgieron, que fue el de la reconciliación de puertas *para adentro* en el caso de España y la reconciliación de puertas *para afuera* en Alemania. Sin desatender las diferencias existentes entre las políticas oficiales de la memoria en los países aquí estudiados, las contribuciones reunidas en este monográfico prestan asimismo atención a los paralelismos, sobre todo en lo relativo al procesamiento literario de ese pasado traumático y a la común reflexión sobre los fenómenos relacionados con el acto de recordar.

En el primer capítulo, titulado «La memoria de las Brigadas Internacionales en la literatura europea», Marisa Siguan analiza la visión de la Guerra Civil de los brigadistas internacionales. Estos se perciben a sí mismos como combatientes de una lucha internacional contra el fascismo. Aunque no alcanzan en su mayoría a comprender las especificidades del conflicto político español, sus relatos retratan de manera muy vívida e impactante lo que sucedió en el frente y en la retaguardia. La trayectoria posterior de estos autores denota, según Siguan, el impacto que tuvo esta experiencia en su formación, explicando, por ejemplo, las actitudes progresivamente críticas frente al estalinismo de autores como Gustav Regler, George Orwell y Arthur Koestler. Por otra parte, a través de sus textos se pone de manifiesto hasta qué punto el esfuerzo por dejar constancia de lo vivido fomenta la reflexión sobre las dificultades a la hora de conjugar el recuerdo y la narración y sobre la complejidad de las relaciones entre documento, testimonio y ficción, siendo todo ello ilustrado a través de un corpus muy amplio que abarca desde los testimonios de Alfred Kantorowitz, Gustav Regler y George Orwell a novelas como *Das große Beispiel* [*La gran cruzada*, 2012] (1940) de Gustav Regler, *L'Espoir* [*La esperanza*, 1995] (1937) de André Malraux o *Telefónica* (2010) de Ilsa Barea-Kulcsar. Esta visión panorámica se cierra con el análisis de algunas de las obras más recientes de autores como

Erich Hakl (*Entwurf einer Liebe auf dem ersten Blick* [Esbozo de un amor a primera vista, 2010] 1999; *Die Hochzeit von Auschwitz. Eine Begebenheit* [La boda de Auschwitz, 2005] 2002); Helena Janzek (*La ragazza de la Leika* [La chica de la Leika, 2019] 2017), Jordi Cantavellas (*El brigadista*, 2015), Maria Barbal (*L'amic escocés*, 2019) o Christopher John Sanson (*Winter in Madrid* [Invierno en Madrid, 2007] 2006).

A continuación, la atención se desplaza a la literatura del exilio, relacionando el exilio alemán después de 1933 con el exilio español desencadenado por el final de la Guerra Civil en 1939. En «Trauma y tradición. El desafío de las genealogías literarias tras el exilio y la Shoah», Linda Maeding parte del presupuesto de que el paréntesis abierto entre un antes y un después en las vidas de los exiliados afecta a la fiabilidad de su memoria, puesto que vuelve problemática su vinculación con la memoria colectiva. A través del análisis de los discursos, ensayos y poemas autobiográficos de Max Aub, Rafael Alberti, Anna Seghers y de Ilse Aichinger, la autora analiza las estrategias de representación y superación de esa crisis de memoria que es al mismo tiempo una crisis de la representación. A su modo de ver, el esfuerzo por representar el trauma, entendido como una herida no cicatrizada, va de la mano de un proceso de reconstrucción de las genealogías literarias imaginadas mediante las cuales los escritores exiliados buscan inscribirse en una tradición literaria que legitime y otorgue un pasado a la propia ubicación extraterritorial. La representación de la experiencia del sujeto en crisis aparece ligada de esta suerte a la recreación de una tradición capaz de darles cobijo.

El capítulo titulado «Memoria suprimida: literatura bajo represión política» aborda los traumas asociados a los sistemas represivos del franquismo y la RDA, y en particular los efectos de la censura en la producción literaria. Partiendo de la convicción de que los procedimientos represivos dependen más de la forma del gobierno que de la ideología, Johanna Vollmeyer muestra la similitud de los mecanismos represivos usados por los dos regímenes a pesar de su ideología contrapuesta. La comparativa desarrollada a partir de ahí no se limita a describir el *modus operandi* de la censura como fenómeno cultural, sino que atiende asimismo a la repercusión que tuvieron esas políticas represivas de cara a la formación de los respectivos patrimonios culturales. Tras enfatizar los paralelismos existentes entre los discursos ideológicos subyacentes a la memoria oficial franquista y de la RDA (ambos de índole heroica, como subraya Vollmeyer, con connotaciones nacionalistas cuasirreligiosas), la atención se centra en las medidas restrictivas adoptadas y el impacto que tuvieron a largo plazo, dando lugar a la desaparición de un gran número de manuscritos y vedando a muchos autores el acceso al canon literario. En relación con todo ello, se enfatiza el

papel desempeñado por los archivos de cara a la recuperación, el almacenamiento, la clasificación y la contextualización de esa documentación. La comparación establecida entre los archivos de uno y otro país, en particular entre el AuL (el archivo dedicado a la conservación del canon literario de la RDA) y el AGA (el archivo español que recoge la documentación no destruida en relación con el franquismo), indica que la Alemania unificada reúne actualmente mejores condiciones para la recuperación del patrimonio anteriormente suprimido, aunque en España se ha avanzado, y se sigue avanzando, muy significativamente, en dicho proceso.

En «Los presentes-pasados en la narrativa postmemorial española y alemana», Patricia Cifre-Wibrow analiza algunas de las estrategias mediante las cuales la literatura se relaciona con la memoria cultural dominante, poniendo el foco en la distinta articulación de las relaciones entre presente y pasado. En relación con la literatura española, diferencia entre el patrón narrativo “conciliador”, dominante desde la Transición hasta la primera década del nuevo siglo, y el patrón “reparador”, impulsado por el movimiento de recuperación de memoria histórica, para tratar de mostrar que se produce un acercamiento entre la literatura memorialista alemana y las obras narrativas españolas inscritas en el patrón reparador. Las diferencias que observa en cuanto a la modulación de la distancia temporal son muy marcadas entre las dos primeras obras estudiadas (*El jinete polaco* (1991) de Antonio Muñoz Molina, representativa del *boom* de la memoria iniciado en España a mediados de los noventa y la *Novelle A paso de cangrejo* (2002) de Günter Grass-). Entre las siguientes dos obras (la novela autoficcional *Lo que a nadie le importa* (2014) de Sergio del Molino y la (auto)biografía de Uwe Timm *Tras la sombra de mi hermano* (2003)) predominan, en cambio, los paralelismos. La poderosa influencia ejercida por la memoria cultural dominante se hace patente tanto en la desvinculación establecida en *El jinete polaco* entre el presente de la narración y el pasado narrado como en la común tendencia de las restantes obras a perseguir el efecto contrario, enfatizando las continuidades ocultas entre presente y pasado.

Juan Manuel Martín Martín es el autor de «El puzle de la memoria en España y en Alemania: miradas retrospectivas a la infancia en escritos autobiográficos o autoficcionales», un estudio centrado en los escritos autobiográficos de cuatro autores que fueron niños o adolescentes durante la Guerra Civil española y el Tercer Reich, relacionando el relato de sus experiencias con las autobiografías de otros autores de la misma época. Se comparan en primer lugar las memorias infantiles y juveniles de Fernando Fernán-Gómez y Marcel Reich-Ranicki, dos autores que encuentran en el teatro, los libros y el cine el contrapeso idóneo para un mundo en descomposición y cuya visión extrañamente tranquila de esos años contrasta

con el punto de vista adoptado por Tere Medina-Navascués y Ruth Klüger a la hora de narrar sus experiencias de huida y pérdida. Más allá de las diferencias relativas al contexto histórico y a las circunstancias personales de cada autor, el artículo resalta la importancia concedida a los traumas asociados a las experiencias de pérdida (de la patria, de la esperanza, de la familia, del sueño de un mundo mejor), así como la profunda vinculación establecida entre la narración de lo vivido y la reflexión sobre su impacto en la vida restante.

M. Loreto Vilar Panella vuelve asimismo sobre la escritura (auto)biográfica en el capítulo titulado «Tras las sombras. Javier Cercas y Uwe Timm contra el tabú familiar del soldado perpetrador», para interrogarse acerca del componente metaautobiográfico y postmemorial de dos textos que abordan la experiencia de dos soldados perpetradores. Se trata, por un lado, de la novela de «no ficción» de Javier Cercas *El monarca de las sombras* (2017) y, por otro, de la (auto)biografía del escritor alemán Uwe Timm *Tras la sombra de mi hermano (Am Beispiel meines Bruders)*, (2003). El protagonista es en el primer caso Manuel Mena (1919-1938), un tío paterno de la madre del autor, que falleció a los 19 años como alférez en la batalla del Ebro, mientras que el protagonista de Uwe Timm es su hermano mayor Karl-Heinz (1924-1943), miembro de la División *Totenkopf* («calavera») de las *Waffen-SS*, fallecido en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Tras describir las estrategias narrativas empleadas por ambos autores para acercarse a una verdad oculta y tabuizada, la atención se centra en la función ético-estética de sus relatos, que rompen, desde una común posición posmemorística, con los tabúes de la generación anterior, tratando de encontrar un equilibrio entre la cercanía afectiva y el distanciamiento intelectual; buscando una respuesta personal a la cuestión de la culpa y de la (auto)exculpación.

Otro medio muy especial para la representación de memorias traumáticas y procesos de duelo es el teatro documental que se propone llevar la realidad a la escena sin renunciar a un tratamiento artístico. Al ser representado en público y recibido colectivamente, este tipo de teatro presenta importantes particularidades en comparación con la narrativa y la poesía, sobre todo cuando la autenticidad de la experiencia es representada subiendo a los protagonistas reales a las tablas para que puedan contar su propia historia. Como subraya Arno Gimber, autor del capítulo «Conflictos políticos en el teatro documento postdramático. Casos en los mundos germano e hispanohablante», en el caso de las obras relacionadas con los traumas derivados de un pasado violento, los testigos desempeñan con frecuencia un papel fundamental, aportando informes, experiencias y perspectivas auténticas que se integran en la representación teatral, reforzando su credibilidad. Al examinar una serie de ejemplos representativos

de dramaturgos como María San Miguel o del suizo Milo Rau, Gimber no plantea una comparación directa, sino una reflexión sobre el desafío de las convenciones tradicionales del teatro a través de la atenuación del texto en favor de otros elementos escénicos como los visuales o acústicos. Interpreta la progresiva permeabilización de las fronteras entre la realidad y lo que sucede en el escenario como una reacción frente a la actitud distante del teatro documental, que maneja datos y hechos, pues las obras analizadas tratan de reactivar la implicación del público a través de elementos interactivos y de inmersión. El principal objetivo de estas obras, para Gimber, es hacer audibles voces olvidadas, volviendo visible lo que ha quedado oculto en la memoria colectiva, al tiempo que responde a un creciente anhelo por lo verídico y lo auténtico en un mundo cada vez más dominado por los *fake news* y por las realidades virtuales.

Finalmente, Rosa Pérez Zancas aborda el tema del terrorismo en «*Los peces de la amargura* de Fernando Aramburu: un diálogo transnacional y multidireccional», relacionando la exploración narrativa del impacto del terrorismo de ETA en la vida de sus víctimas planteada por Aramburu con una serie de obras en lengua alemana sobre la violencia del nazismo y la extrema derecha. Partiendo de los *topoi* literarios con los que trabaja Aramburu, se examinan las relaciones de transferencia e intercambio entabladas entre *Los peces de la amargura* y la literatura alemana sobre el nacionalsocialismo y los atentados más recientes. Dicho análisis se apoya en los conceptos de «Multidirectional Memory» y «The Implicated Subject» de Michael Rothberg, a fin de subrayar el impacto ejercido por la creciente globalización en la generación de una cultura de la memoria transnacional y una producción literaria que están traspasando cada vez más decididamente los marcos nacionales.

El acto de recordar es concebido en todos estos trabajos como una búsqueda, pues se parte del presupuesto de que, a fin de recuperar una imagen del pasado, se hace necesario emprender un trabajo rememorativo que no puede por menos de transformar la imagen del pasado recuperado. Ni tan siquiera a la literatura, con todo su talento representativo, le es dado revisitar el pasado sin contaminarlo de presente; sin que el punto de vista de quien recuerda deje inscritas sus huellas en lo recordado. Por este motivo, preguntarse por la influencia del presente sobre el pasado implica interrogarse acerca del papel ejercido por la memoria cultural mediante la cual es procesado. Para los trabajos recogidos en este volumen, este es un presupuesto metodológico que los lleva a interesarse no solo por las formas de representación literaria, sino también por su condicionamiento a través de la memoria cultural desarrollada en cada país. Solo así es posible comprender, y explicar, las maneras tan distintas de contar acontecimientos similares en tantos aspectos.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, José. *Qué hacer con un pasado sucio*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2022.
- ART, David. *The Politics of the Nazi Past in Germany and Austria*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- ASH, Timothy Garton. «La verdad sobre la dictadura». *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, 1999, 1, pp. 25-48.
- ASSMANN, Aleida. *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*. München: C. H. Beck, 2006.
- CIFRE WIBROW, Patricia. «Literatura, memoria y olvido. La narrativa española y austriaca de los años ochenta». *Revista Anthropos*, 2002, 196, pp. 174-194.
- CIFRE WIBROW, Patricia. «Controversias literarias a raíz de la unificación». En Manuel MALDONADO ALEMÁN (coord.). *Narrativa de la unificación alemana*. Bern: Peter Lang, 2006, pp. 75-94.
- CIFRE-WIBROW, Patricia. *Giro cultural de la memoria. La Guerra Civil a través de sus patrones literarios*. Berlín: Peter Lang, 2022.
- EMMERICH, Wolfgang. *Kleine Literaturgeschichte der DDR*. Berlín: Aufbau Taschenbuch, 2000.
- FREY, Norbert. *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München: Beck, 1996 [*The Politics of Amnesty. Adenauers Germany and the Nazi Past. Vergangenheitspolitik*. Columbia: Columbia University Press, 2002].
- JUDT, Tony. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus, 2006.
- JUDT, Tony. *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*. Madrid: Taurus, 2013.
- JULIÁ, Santos. «Rastros del pasado». *El País*, 25. 07. 1999, p. 50.
- JULIÁ, Santos. «Echar al olvido». *El País*, 15. 06. 2002. [<https://elpais.com/diario/>].
- LEITNER, G. (Hg.). *Was wird das Ausland dazu sagen? Literatur und Republik in Österreich nach 1945*. Wien: Picus, 1995.
- MALDONADO ALEMÁN, Manuel. «Literatura, memoria e identidad cultural». En Manuel MALDONADO ALEMÁN (coord.). *Literatura e identidad cultural. Representaciones del pasado en la narrativa alemana a partir de 1945*. Berna: Peter Lang, 2009, pp. 15-59.
- MARTÍN MARTÍN, Juan Manuel y Leopoldo DOMÍNGUEZ MACÍAS. «Humanitarismo como deuda: Alemania y su memoria traumática». *Co-herencia*, 2022, 19(36), pp. 131-160.
- MCVEIGH, *Kontinuität und Vergangenheitsbewältigung in der österreichischen Literatur nach 1945*. Wien, 1988.
- MENASSE, Robert. *Überbau und Underground. Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1990.
- MENASSE, Robert. *Das Land ohne Eigenschaften*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1992.
- NOLTE, Ernst. *Streitpunkte: heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus*. Berlin: Propyläen, 1994.

- OLICK, Jeffrey K. *The Sins of the Fathers. Germany, Memory, Method*. Chicago: The University of Chicago Press, 2016.
- PEARCE, Caroline. *Contemporary Germany and the Nazi Legacy. Remembrance, Politics and the Dialectic of Normality*. New York: Palgrave Macmillan, 2008.
- PICHLER, Georg. *Gegenwart der Vergangenheit. Die Kontroverse um Bürgerkrieg und Diktatur in Spanien*. Zürich: Rotpunktverlag, 2013.
- RICOEUR, Paul. *Historia y narratividad*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 1999.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2010. (*La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil, 1981).
- TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 2008.
- WASSERMANN, Heinz. 'Zuviel Vergangenheit tut nicht gut!': *Nationalsozialismus im Spiegel der Tagespresse der Zweiten Republik*. Vienna: Studien Verlag, 2000, p. 75.

